

entre ida y vuelta, su poquillo de reposo bajo algún árbol, con lo que se gastaba otra, y otra lo menos para el examen, total seis horas; las suficientes para salir de la casa á las cinco, antes que el sol, y regresar á las once acompañados y requemados por el mismo. Las caminatas primeras le sirvieron á Rafael para amortiguar la obsesión; el campo con sus bellezas, el ejercicio con su cansancio, y Marcos con los añejos recuerdos que le resucitaba, parecía que realizaran la milagrosa cura. El propio overo, al que no trataba con semejante intimidad hacía algunos años, esmerábase ayudando al alivio, mordía el estribo cuando se detenían por cualquiera causa, obedecíalo con exceso de inteligencia, seguía lo como un perro por entre surcos y cañaverales, cuando Rafael desmontaba. El síntoma inicial de la mejoría, consistió en un interés creciente por mejorar la propiedad, en su ansia de registrarla palmo á palmo; consistió también en la muda delectación que le originaban las salidas y puestas del sol, los aguaceros y su séquito de arco-iris, las más

insignificantes labores y las reflexiones del anciano mayordomo. En cuanto refrenaban á los caballos, Rafael sentíase mejor, cual si las penas que sordamente lo atenaceaban por dentro y que la noche exacerbaba, con el aire embalsamado y saludable se le evaporasen; la monja tornaba á ser la quimera y Rafael tornaba á ser Rafael. Los aromas de la mañana y de la tierra le volvían su jovialidad, su risa sonora de adulto equilibrado; y con las palabras de Marcos, resucitaban su juventud y sus travesuras de muchacho, sus correrías de antaño por los andurriales aquellos. Poníase comunicativo y contento; de las "cantinas" extraía la cantimplora con coñac y de un bolsillo de la chaqueta los cigarros habanos, los mostraba á Marcos que se moría por el buen tabaco y el aguardiente bueno y después de que el hombre de sólo mirarlos en vez de saliva escupía agua pura, le alargaba el frasco y la petaca:

—¡Qué vicioso eres viejo!.... fuma y haz la mañana.

—Dios se lo pague niño,—exclamaba Mar-

cos relamiéndose y encendiendo el pitillo,— un trago de estos machuca los años y arruina “dotores” y boticas....

—Qué es eso Marcos?...—inquiría Rafael apuntando á un terreno que no reconocía.

—¡Ya no se acuerda, niño!....—respondía Marcos asombrado.—Pues era esto, ó aquello; y por ahí, por el intersticio de la memoria, metíanse Rafael y Marcos, olvidándose poco á poco de las riendas de los caballos, que á su antojo caminaban; de que no estaban ya en los tiempos antiguos, cuando “el amo” vivía y Marcos era el maestro de equitación de Rafael y éste el heredero mimado. Apeábanse, los primeros días en pleno monte, un cerro cuajado de magueyes pequeños que le daban á distancia confusa apariencia; buscaban un árbol que los defendiera del sol y junto al tronco se tumbaban, después de que Marcos les quitaba los frenos á los caballos, se los colgaba en las cabezas de las sillas y ataba á los animales por el pescuezo, con las reatas, cuyos cabos conservaba entre las manos. Frente á la majestad de los campos y á la

limpidez de la atmósfera y del cielo, Rafael recogíase dentro de sí; las reminiscencias removidas por el mayordomo, como eran tantas, casi ocultaban la figura de sor Noeline; adueñándose por completo de la memoria de Bello, le hacían revivir otros días y olvidadas épocas, que llegaban ahora charlatanas y contentísimas á deletrearle de nuevo el poema de su infancia y la leyenda de su juventud. De todo había en ellas: castigos y frases de su padre; mimos y consentimientos maternos; el rayo que en cierta ocasión destruyó uno de los arcos de la presa; el primer “herradero,” á que asistió de simple espectador; el uxoricidio que por celos perpetró un tlachiquero y que conmovió á la hacienda entera, un asesinato primitivo, salvaje, con un “capador” de magueyes; el susto de la familia cuando una partida de “pronunciados” entró á saco en la finca, y qué sé yo cuánto más, un mundo de acontecimientos, de cosas tristes y alegres, de fisonomías de muertos y palabras de vivos; una sucesión de colores, de sonidos, de personas.

Marcos, impasible mientras duraba el recogimiento, hundía en el horizonte sus miradas y sin conciencia arrancaba del suelo puñados de yerba que desmenuzaba muy lentamente. Los caballos pacían.

Volvió Rafael al momento actual y no pudiendo substraerse á la hermosura del cuadro, murmuraba:

—¡Qué lindo día! ¡Lloverá esta tarde, Marcos?.....

—¡Pues no ha de llover, niño! lloverá como á las dos.... ¡Ya descansó, pa enfrenar?

—Espérate, hombre; ¡qué prisa tienes? ¡no te gusta ésto?.....

Y con el brazo señalaba Rafael el conjunto que dominaban desde las alturas del cerro: el campo inmenso, verde, infinito, con sus cañadas, sus colinas, sus salpicaduras de árboles, sus sembrados imitando tableros de ajedrez; las yuntas de bueyes que paso á paso sureaban la tierra, azuzados por un peón en camisa y calzones blancos, empuñados bueyes y boyero, cual si la labor que ejecutaban fuera superior á su tamaño

y á sus fuerzas y por eso la hicieran tan despacio; el ganado, repartido en diversos puntos, allá las vacas, los terneros, los toros, con el hocico siempre sobre el pasto; acá los carneros, chiquitines, traviesos, saliendo disparados por manadas; más lejos, el bosque de la finca, y de cara al sol, la torre blanquísima de la capilla. Por los senderos, que parecían cintas grises que caprichosamente adornaran á esa enorme túnica color de esmeralda, á manera de hormigas iban una tras otra las mujeres de los peones con el almuerzo en la cesta, y algunos asnos á menudo trote, cargados con dos cueros de aguamiel, uno á cada lado de la albarda, seguidos de un arriero, al trote también.

Poníase Marcos la mano sobre las cejas y gracias á su magnífica vista daba á Rafael cuenta y razón hasta de los nombres de los bueyes ayuntados; de cómo estaba el sembrado tal y la magueyera cual; de si Fulano trabajaba ó era Zutano un haragán. Interesábase Rafael ¡qué diantre!, al fin y al cabo aquello era suyo, de ahí había vivido y seguiría viviendo; y sonreía de satisfac-

ción al contemplar su propiedad que mejoraba de puro buena, pues lejos de cuidarla, sin compasión la había sangrado. Entonces palpaba y agradecía la maravilla, la eterna bondad: la tierra, la madre, dejándose abrir las entrañas año por año, sin misericordia ni miramientos, sin gratitud siquiera, para en retorno darnos, muda, generosa, la riqueza y la vida.

En estas, pitaba el ferrocarril, un pitazo con el que se decía que imploraba socorro, un pitazo largo, doliente, y á poco, entre dos cerros distantes de la hacienda y que sólo dejaban ver parte de la chimenea de la máquina y los techos negros de los wago- nes, pasaba el tren jadeando, como monstruo acabado de herir, que se arrastrara en un esfuerzo supremo para alcanzar alguna caverna y enterrar en ella su cuerpazo desquebrajado.

—Ahora sí, Marcos, vámonos,—ordenaba Rafael.

—¡Ah, hijos...!—gritábales Marcos á los caballos, que encabritados con el lejano paso del tren, maltrataban las sillas. Y

con cariños y silbidos los calmaba y les ponía los frenos.

En la ventana del despacho esperaba la Nona á su papá; y en cuanto lo veía entrar á galope tendido, salía á su encuentro; se apeaba él, la cargaba, preguntábale mil tonterías, y ella riéndose con Marcos, que la devoraba con los ojos, decía en quejumbroso tono:

—Marcos, ¿me montas en tu prieto?

—Yo á tí te monto hasta en la luna si quieres!—le respondía Marcos acomodándola en la silla con más idolátrica veneración que si se tratara de una custodia.

Rafael, en tanto, pedía la comida y como ni en aquellas soledades olvidaba sus hábitos mundanos, no comía pan á manteles sin previa limpia de cara y manos y concienzuda cepillada de traje. Servida la sopa, repetíase á diario la misma historia, la insistencia de Nona,—cuyos menores caprichos eran órdenes,—para que Marcos se sentara á la mesa de los patrones.

—Anda Marquitos, come junto á mí.

Y en el hueco de una manaza del mayor-

domo desaparecían las dos manecitas de la chiquilla.

—No, no, lárgame, que se va á enojar el amo; déjame ir á desensillar.

Hasta que Rafael se enfadaba de veras:

—Vaya, Marcos, hazle caso á Nona y siéntate á comer, que se enfría la sopa.

A modo de dos enamorados comían la Nona y Marcos; se hacían señas, se pasaban mutuamente los platos ya servidos, Marcos pelaba la fruta de la Nona y la Nona partía á Marcos los manjares complicados. El ranchero aprendió á engullir espárragos, de lata, los que casi se le derretían en los dedos antes de poder encerrarlos en la boca, desmesuradamente abierta desde que la emprendía contra ellos. Terminado el almuerzo, Nona guiñábale el ojo á Marcos, decíale con la mano que se esperara y con la encantadora coquetería de los niños iba é interponía su carita entre la de su padre y el desplegado periódico metropolitano que leía.

—Ya empiezas, mujer, ¿qué quieres? déjame leer, déjame quieto.

Nona al fin, le extraía á su padre, del bol-

sillo, la perfumada petaca de cuero ruso y de ésta un magnífico tabaco envuelto en papel de plata, ceñido á su mitad por ancho anillo dorado que ostentaba diminuto y pomposo título: "Emperadores de Balsa." Tremolábalo en el aire, se lo mostraba á Marcos, que hipócritamente rechazaba la tentación apartando su vista del veguero, aunque de antemano gozara con la sola idea de fumárselo. El administrador, los escribientes, los criados reían con la escena muda; Rafael pretendía formalizarse y ahuecaba la voz:

—No hagas tonterías, Nona, no desperdicies mis puros. Devuélmelo, viejo, (á Marcos) ya sé que eres incapaz de fumarte á un emperador, ¿no es cierto?

—De carne, no, niño, Dios me libre, pero de éstos, hasta las cenizas. Y así diciendo sobre el infeliz soberano se tiraba; desgarrábale en un tris las plateadas vestiduras exteriores, la camisa de papel de China; de una dentellada, rompíale la perilla, le prendía fuego por el otro extremo y con deleites de ogro hincábale el diente, apretábalo más

aún con los labios y comenzaba á convertirlo en humo y ceniza, entrecerrando los ojos, dilatando la nariz, sumido en éxtasis voluptuoso de destrucción; ni más ni menos que los pueblos que han convertido en ceniza y humo á los emperadores y tronos de verdad.

Rafael dormía siesta, y mientras tanto, Nona marchábase con Marcos á desensillar, por lo pronto; luego, á la ordeña.

A la izquierda de la casa hallábase el establo; un edificio aparte, espacioso y cuidadísimo, que allí se alojaba al ganado fino, las vacas holandesas y los toros suizos. Componíanlo un patio descubierto, empedrado y en declive hasta el portón de recia madera, con los cerrojos y tejados hacia adentro. Al lado derecho, estaba la vivienda de los vaqueros y, bajo cobertizo de lámina acanalada, con divisiones de madera, piso de piedra artificial, puertas de resorte y amplios pesebres, las habitaciones de las terneras. Frente á la entrada y con menor lujo, el departamento de las crías, y en cada uno de los ángulos, sendos separos para los dos toros, amos y señores de todo aquello. En

el lado izquierdo, figuraba un gran vano, donde los borricos y carretas aguardaban su carga de leche; y más acá, el abrevadero, un pilón enorme, de cantería, con los rebordes chatos, por los que resbalaban continuamente pequeñas cataratas de agua fresca y clarísima. Con el sol del medio día, caldeábase el local, flotando dentro de él una atmósfera sofocante; de los montículos de estiércol se desprendían tenues espirales de humo azulado que embriagaban á millones de moscas impotentes para ahuyentar á las gallinas en ellos encaramadas que los picoteaban con furia ó desperdigaban con sus patas, hacia atrás, las pajas y fango de que estaban hechos. Por el empedrado, corrían lo mismo las aguas limpias del pilón, las sucias que los mozos arrojaban de los botes, después de lavarlos, que los orines del ganado; de consiguiente, aquello no era patio ni empedrado ni nada, era un lodazal. Al penetrar en él, deteníase cualquiera ante olor tan mezclado y acre, ante tanta luz, tanto berrido y tanto patear; ante tanta vida, en fin, que potente y sin trabas ni

miramientos, se le echaba á uno encima y casi lo asfixiaba con su caricia formidable! Había que acostumbrarse, que avanzar poco á poco y que ir á refugiarse sobre alguno de los carros, detrás del pilón—suficiente á servir de trinchera,—ó pidiendo asilo á la vivienda de los vaqueros. En las primeras tardes, Nona, asustada, á la casucha se acogió y desde su tosea ventana, contempló el gran cuadro. Mas, conforme fué convenciéndose de que no existía ningún riesgo entre los carros, y sobre todo, de que allí andaba Marcos resuelto á habérselas por defenderla, no digo con vacas de leche, hasta con dragones y endriagos, cobró ánimos, se aventuró al pescante del carro de cuatro ruedas; tornóse audaz, (junto á Marcos, eso sí), llegó á echarse de brazos en el pilón, encima del reborde opuesto al que empapaban las reses con sus hocicos. Es lo cierto que necesitó valor, pues vacas y becerros, en repentina libertad, en ruidoso tropel acudían amontonados á beber, y hundían las fauces, por las que les escurrían en cuanto las sacaban, dos hilos de agua que

caían á confundirse con la del abrevadero. En el instante de mayor proximidad, Nona retrocedía un poquillo; algunas vacas la miraban, la miraban con sus ojos tristemente humanos y aunque ella se reía, poníase también roja y trémula:

—Marcos! Marcos!—gritaba,—espántalas

Pero como Marcos garantizaba la mansedumbre de los animales y los llamaba por sus nombres y les rascaba el testuz, Nona por su parte, se acercaba igualmente, hasta les arrojaba gotas de agua con sus deditos. De orden de Marcos, las tardes en que Nona asistía á la ordeña, permanecían encerrados los dos toros, sujetos á sus pesebres por las cadenas que encajaban en la argolla que les cuelga de la nariz y que los obliga á inquisitorial quietud. Era de oírlos bramar, enfurecidos de sentir tan cerca la hembra y no gozarla, á pesar de sus fuerzas y apatitos; revolvíanse en sus separos; recogían en el aire, al pasar, las emanaciones que despedían vacas y terneras, y alzaban el labio superior, mostraban los dientes, se

estremecían, sacudidos por una inmensa lujuria bestial.

La ordeña principiaba monótona, sin accidentes, siempre idéntica; con las crueldades para el recental, al que se retira de la hinchada hubre en cuanto provoca el apoyo, que cae al bote, blanco, espumoso, sonando á lluvia de bendición. Después, la faena de juntar la leche, medirla por jarras y despacharla en los carros y borricos que pacientemente la esperaban. Por remate, el encierro, reunidas ya las madres y sus crías; el lavado del patio; el cacarear de las gallinas que se recogen; los vaqueros en fila, con el sombrero en la mano, despidiéndose de Leonor:

—Hasta mañana, si Dios quiere, niñita!

Cuando Marcos y Nona llegan al despacho, Rafael aún no regresa de su excursión vespertina y cinegética; todas las tardes diz que sale á cazar; va muy ataviado, lleva dos escopetas, criados, morrales, perros; sin embargo, apenas si dispara un tiro que otro; persiste en su cura de cansancio y de campo, he ahí la salvación.... Recibe Manuela á

Nona y la deja en poder de Marcos, con el mismo gesto de los animales domésticos que se enamoran juntamente de algo que no se disputan en riña franca por temor de ser entrambos castigados. El sol anda ya tras de los montes; flota una luz delicadamente poética; Marcos y Nona hánse sentado en uno de los poyos de ladrillo que hay á cada lado del zaguán; Nona mira el horizonte y Marcos mira á Nona.

De pronto, la chiquilla exclama:

—Oye Marcos, ¿por qué no me cuentas de cuando eras chico, así, como yo?

—Porque no me acuerdo ya, hace tantos años! ...

—Adiós, ¿cómo no has de acordarte de algo? Anda, no seas malo conmigo.

—¡Malo contigo!.... Conque, de cuando yo era chico?.... Bueno; pues verás....

Y á la mitad del cuento, las sombras de la noche aduéñanse del cielo y de los campos, cual si el viejo mayordomo las conjurara, al evocar tanta cosa obscura, fantástica, informe y quisiera ocultarse dentro de ellas y de allí susurrar á la niña que

lo embelesaba, que le significaba el íntimo y más puro amor de su vida larguísima é ignorada, narraciones de nubes y de estrellas, de brisas y de rayos de luna; no la prosa desaliñada y burda con la que ahora, de improviso, vestía á la carrera el momificado cadáver de su propia infancia

—¿De veras?—interrogaba Nona de vez en cuando.

El viejo asentía con la cabeza y continuaba devanando el hilo de su enmarañada madeja de años; y cuando aquí se le enredaba ó tropezaba allí con un nudo, es decir, cuando algún suceso demasiado vivo parecía que se le atorara en la garganta, tragábaselo instintivamente, entre una tos y un carraspeo, y para disimular la rotura, le preguntaba á Nona, culpando á su memoria:

—¿Qué te decía yo? ¿No te advertí que ya no me acuerdo de nada?

A la mejor, ladraban los perros de la jauría de Rafael, y al escucharlos, en el tinacal, en el despacho, en la tienda, todo el mundo poníase en movimiento:

—El amo! Ahí viene el amo!

Marcos volvía á guardarse su madeja, y Nona, cogida de su mano, salía al encuentro de Rafael, quien tornaba pensativo, mudo, lleno de polvo el traje y de arrugas la frente; el morral con uno ó dos pájaros,—muertos por los criados;—las escopetas sin ahumarse; los perros mohinos, ladradores, sin haber saciado sus gulas. Mientras se detenía á charlar con la Nona, Marcos interrogaba á los criados:

—¿Tiró mucho el patrón?

—Ni un disparo,—contestaban los otros con misterio y en voz baja,—se ha estado solo, del lado de allá de la presa, haciendo letras en la arena con una rama de árbol. . . .

Marcos, en presencia de los inferiores, manteníase grave; pero en cuanto éstos se encaminaban á guardar los arreos y él, á cierta distancia, veía en tendida plática á Rafael y Nona, azotaba el aire con la punta de su zarape, como si en todo aquello adivinara un peligro próximo que por ignorarlo no pudiera conjurar:

—*Aiga* cosa!

En efecto, Rafael empeoraba; después de

los primeros cansancios, reabríasele la herida, mucho más honda y dolorosa, sin probabilidades de humano alivio. ¿Que su amor por la monja era pecado?... pues quería pecar hasta perderse, pecar en seguida, pecar siempre, con tal de alcanzarla, de sentirla junto de sí y aspirar su aliento, y ahogarse con sus besos, y desaparecer en las castas y vertiginosas honduras de sus ojos azules. En la soledad de los campos, alejaba á los sirvientes, abrazábase al tenaz recuerdo y era muy cierto que escribía letras sobre la arena, las de ella, las de su nombre. En ocasiones, la llamaba á las claras, en suplicante tono,—cual llamamos á una persona amada que se nos oculta momentáneamente por bromearnos y ni en broma toleramos su ausencia. Como al propio tiempo, no sabía despojarse de una vez, de sus misticismos y respetos teológicos, no suprimía el tratamiento, la llamaba "sor Noeline," "sor Noeline," temblando de remordimientos en cuanto la última de estas sílabas se desvanecía en la atmósfera. Y claro, el hombre andaba perdido, flaco de

carnes y pálido de rostro; negro el humor y negros los cercos de los ojos; escaso de valor y de apetito; sin sueño en las noches y en el día sin fuerzas; creyéndose condenado ya al fuego eterno y lamentando no haberse hecho acreedor á tal condena más que por el solo pensamiento.... Hablaba con la Nona y se metía en el despacho, á revisar las cuentas, aunque por mera fórmula; aparte que no había sido nunca muy íntimo de los números, en las circunstancias actuales entendíalos menos.

Extendíase la noche, casi bruscamente, en razón de lo corto de los crepúsculos mexicanos; una noche fría y diáfana, con claridades. En el extenso patio exterior de la hacienda, séres y cosas adquirían extraños contornos; los animales perdidos, los hombres embozados parecían fantasmas; en un rincón, dos ó tres carros, de los de una sola mula, con los brazos en alto, simulaban ruinas de chozas primitivas. Del despacho, de la tienda y de algunas puertas de la rancharía vecina, salían ráfagas y parpadeos de luz amarillenta; del tinacal, á punto de

cerrarse, también salía luz y salía un eco de la contabilidad que hacen del aguamiel los tlachiqueros, con un grito quejumbroso, prolongando las sílabas:

—“Veinticuatro!” “Veintinueve!” ..

Abríase la capilla, en cuyo único altar cuajado de adornos de papel, desconchado el estuco, polvoso y con telarañas, encendían dos cirios pequeños que mal alumbraban á un Cristo pintarrajeado en grandísimo lienzo, cuyo marco, en lugar de dorados, lucía miles y miles de excrementos de moscas; un Cristo sombrío, de faz exangüe y amoratadas carnes, con un manchón de sangre en el costado y una desgarradura recosida que le partía las rodillas. Un Cristo horrible, indigno de figurar en un templo mundano, muy venerado allí por la gente pobre, por los desheredados que idolátricamente besaban sus pies y piadosamente colgabanlo de *ex-votos*, por los milagros que de él obtenían.

Y en medio del formidable silencio que la noche vierte en el campo, oíase de muy lejos un murmullo difícil de explicar; á poco acentuábase, acentuábase, seguía acentuán-

dose hasta alcanzar proporciones harmónicas de plegaria cantada; una plegaria tristísima, una especie de himno al infinito y eterno sufrimiento humano; confundidas todas las voces, las de los viejos, las de los hombres, las de los niños; mas con qué entonaciones, con qué notas, con qué amargura! En su avance, se hacía imponente, infundía no sé qué profundos respetos. Las montañas mismas, las llanuras, los barrancos diríase que se enseriaban para escucharlo mejor. Cuando la masa de ejecutantes,—los infelices peones que trabajan de sol á sol,—desembocaba en el patio, al hombro los instrumentos de labranza, el sombrero en la diestra, en apretada y lenta formación, Nona se asía del zarape de Marcos:

—Marcos, el Alabado!

—Sí Nona, hínicate!—Y descubriéndose con todo respeto, el anciano mayordomo se arrodillaba sobre la tierra, junto á Leonor, que enclavijadas las manos, asemejábase á la escultura de un ángel.

Desfilaban los ilotas, los perpétuos escl-

vos, los que nunca han saboreado ningún deleite, téticos, fatigados, repitiendo sus estrofas de gratitud al Altísimo. Y diríase que al andar arrastraran una cadena invisible; la que desde la cuna hasta el sepulcro, los sujeta al terruño y al señor.

Allá iban, ignorantes, miserables, desnudos, á la capilla; á saludar al Cristo feo, su Cristo de ellos, el único que les ofrece desde el encierro de su sucio marco de madera, sin palabras ni engaños, concederles lo que ansiosamente apetecen en su cerebro rudimentario y en su cuerpo mártir:

—¡El descanso! ¡El supremo descanso!!

II

Al alba y como de costumbre, se levantó fray Paulino; encaminóse, aún en paños menores, hasta la ventana de su dormitorio, y al través de sus vidrios empañados, detúvose un momento á contemplar el nacimiento del nuevo día, en tanto que sus labios, por claustral costumbre, rezaban de prisa la plegaria mututina y las campanas de la Catedral, en su lengua de bronce, pausadamente, la rezaban también, á su modo, allá en sus torres elevadas y pétreas.

Sin duda el frío,—que se explicaba en la celda,—mordió al sacerdote, pues tornó á la cama, cogió de una silla próxima sus panta-